

VII

ESDE la fuga de Faustina, Santiago se entregaba à la desesperación y la inercia, y cuando Francisca le dirigía preguntas, guardaba un silencio obstinado. Ya no trabajaba, y había sido necesario que uno de sus amigos se cuidara del

Vercingetorix, entendiêndose con el artífice que debía vaciarlo en yeso. Una noche la viuda Rosny contemplaba à su hijo, echado en una poltrona en la pequeña habitación de la calle Lambert: las miradas del artista parecían perderse en el espacio, y su pensamiento volaba lejos, buscando obstinadamente una visión adorada. ¿ Cómo sacudir, preguntábase Francisca, aquel entorpecimiento, aquel disgusto de los otros y de sí mismo? De pronto tuvo una inspiración desesperada.

— Santiago — dijo — ya llegas al dia del triunfo; eres célebre, y te saludan como á un maestro; los temores que yo pude abrigar en otra época respecto á tu porvenir no existen ya; ahora podemos hablar alto, sin ocultar secreto alguno, y somos libres de vengarnos.

-¡De vengarnos!

-Si, de los que mataron à tu padre. ¿Te acuerdas?

—¡ Si me acuerdo!— murmuró el joven:—aún me parece estarle viendo en la vieja casa de la calle de Juan Baussire, en el momento en que marchó, ¡ay de mí! para no volver más. Mi herida se curaba lentamente; y me abrazó cuando yo dormía...

—¿ No has pensado nunca que tú podías ser el vengador?

—¡Cómo! Ni siquiera sabemos dónde reposan sus restos; fué víctima de las odiosas fatalidades de la guerra civil. ¿A quién puedo acusar de su muerte sino al destino que nos le arrebató? ¡Tantas víctimas han contado ambos partidos! Todo se ha olvidado ya, madre mía; y muy criminales serán los que quieran recordar.

Francisca hizo un ademán violento. ¿Abjuraria su hijo del odio mortal que había inculcado en su alma?

— Te engañas — replicó; — alguno es culpable de la muerte de tu padre; el que le detuvo y le hizo pasar por las armas. Si has olvidado su nombre, voy á recordartelo.

Así diciendo, Francisca abriò un armario donde ocultaba todas las reliquias del pasado, y el joven pudo leer las siguientes líneas: «Anteayer el capitán Maubert, del tercer batallón de cazadores...»

—Acababas de entrar en el taller de Antonino Mercié, tu maestro—continuó la viuda.— Durante largos días estuve revolviendo en mi cabeza la misma idea. ¿Cómo encontraría á aquel oficial para castigarle? Una vez pude obtener el Anuario del ejército, y allí encontré inscritos tres capitanes llamados Maubert; pero ninguno servía en los cazadores; no quise preguntar, porque debía ser muy prudente y ocultar nuestro pasado á fin de que no se nos perjudicara para el porvenir. Hoy tienes veintiséis años; eres rico, puesto que con tus obras alcanzas un triunfo; y eres fuerte, porque te has hecho célebre. ¡Busca, busca á ese oficial que fusiló á Pedro Rosny!

Santiago escuchaba, inclinando la cabeza, las enérgicas palabras de Francisca; parecía reflexionar, y de pronto, después de una pausa, dijo lentamente:

—Madre mía, el acto que me aconsejas no es digno de mí; y añadiré, sin faltar al tierno respeto que te debo, que no lo es de ti tampoco. Los padecimientos de otra época han conservado el odio en tu corazón, y veo que no se ha desvanecido con el tiempo, que todo lo borra y repara; pero cuando todo un pueblo olvida, yo no tengo derecho de recordar. Si ese padre que tanto he amado pudiera darme una orden, seguramente me prohibiría la venganza; este es un sentimiento de violencia y de cólera, dispensable en el arrebato de la lucha; pero criminal cuando el espíritu se calma. Tú te enojas porque no te atiendo y no obro según tus lecciones; es porque he reflexionado detenidamente en las tres semanas en que tanto sufro; un profundo pesar me agobia, y creo que la prueba por que atravieso me ha mejorado; no siento odio contra nadie; parèceme que me renuevo y purifico.

— Has olvidado á tu padre — murmuró Francisca con voz sorda.

—¿Por qué me acusas? Tú eres injusta, madre mía. ¿No recuerdo tu bondad, tu ternura y tu abnegación? Puesto que no soy ingrato contigo, tampoco podría serlo tratándose de una persona cuyo recuerdo es tan querido para nosotros. Si 'yo me hallase frente á ese oficial de que hablas, tal vez me dejara llevar de la cólera filial; pero buscarle, seguirle paso á paso, como un cazador que acecha su presa... ¡Vamos, te repito que esto sería indigno de nosotros dos!

—Me has dicho ahora que sufrías mucho — repuso Francisca; — pues bien, ya que otra cosa no sea, compláceme en lo que voy à pedirte. Sacude ese dolor que te entorpece, y en vez de permanecer concentrado en ti mismo, en vez de vivir en la soledad en que te encierras, trata de distraerte, de aturdirte y de conso-

larte si puedes; yo te lo suplico encarecidamente, querido Santiago.

Y Francisca abrazó al joven con ternura.

— Me es muy grato obedecerte — contestó el artista. En efecto, desde aquel día cambiaba de existencia, tanto para complacer á su madre, como para mitigar el ardimiento de su naturaleza exuberante; quiso ver á sus amigos; buscaba el placer y las distracciones; y Aurelia perdonaba de nuevo al infiel que volvía á su lado.

La astuta comedianta se proponia un objeto: deseaba saber à toda costa el nombre de la mujer que le robaba el corazón del gallardo joven; y una casualidad la favoreció. El señor Percier se consolaba bastante bien de la ausencia de su esposa; sabía que Faustina se habia llevado à Nelly para reprenderla; y que la señora de Guessaint, según le prometiera, le devolvería su caprichosa mitad corregida y dócil. Hallándose solo en París, y como se aburría un poco, visitaba muy á menudo à la graciosa Aurelia; y por medio de Félix supo la actriz el nombre de la misteriosa desconocida. Con sus mañas consiguió que el agente hablase sobre el particular, y el señor Percier, ingenuo como los más de los hombres en quienes la bondad se antepone à la desconfianza, dijole un día que el gran escultor Santiago Rosny hacía el busto de una dama amiga suya, la señora de Guessaint. Ahora bien, Aurelia se acordaba de aquel busto, por haberle visto en el taller; Santiago no trabajaba en él hacia algunas semanas; y con su instinto de coqueta un poco celosa, atribuia à

esta circunstancia la profunda tristeza del artista, el cual sufría sin duda por causa de la hermosa dama que no visitaba ya su taller. Para acabar de cerciorarse, pronunció un día el nombre de Faustina delante de Santiago, quien hizo al punto un movimiento y miró á la actriz con expresión indignada: había adivinado; sin duda el artista consideraba como una profanación que el nombre de su ídolo estuviera en boca de Aurelia Brigaut, antigua bruñidora. La comedianta se apresuró à revelar el nombre à Francisca, sabiendo muy bien que no tendría aliado más seguro que aquella madre celosa.

Los hombres se parecen poco à los héroes de novela: no teniendo nada de ideales, ceden á todas las debilidades de la vida; Santiago, que amaba profundamente à Faustina, no creia envilecer este amor aceptando los favores de la linda Aurelia; y por otra parte, siguiendo el consejo de su madre, quería aturdirse y olvidar, aunque bien sabía que esto último era imposible. El recuerdo cruel y delicioso de Faustina le perseguia por doquiera: en medio de sus placeres, en los cuales se lanzaba atolondradamente, representábase el rostro de la joven, con su expresión dulce y altiva à la vez; y cuando cenaba con sus amigos, aparecíasele el fantasma de su adorada Faustina. Más digno hubiera sido de él tratar de consolarse encerrándose en el trabajo; pero no tenia fuerza para ello; y no obstante, sus mejores horas eran las que pasaba en el taller solo, recordando los felices días de otro tiempo. Sólo había transcurrido un mes desde entonces, y sin embargo, parecíale hallarse ya en el término de una larga existencia. El día de la exposición llegó por fin; el Vercingetorix vencido se destacó magnífico en medio del gran jardín destinado á las esculturas; y muy pronto, los entusiastas elogios de la prensa, las felicitaciones de los compañeros y los amigos, anunciaron al joven su nuevo triunfo; mas apenas le causó un poco de alegría aquella gloria que ilustraba su nombre. ¿De qué le servia sin amor? ¿ Qué era el triunfo sin la felicidad?

Cierta tarde, à eso de las cinco, volvía à su taller, en el cual no entraba nunca sin que le pareciese ver la imagen de la ausente; por todas partes se le aparecia; en el sillón donde en otro tiempo se sentaba; y en la puerta, donde tantas veces se había perfilado su gracioso contorno. Como ya no estaba allí el grupo del Vercingetorix, el taller parecía enorme. Santiago se tendió sobre el canapé, soñando en la desaparecida, y llamándola como siempre. ¿ Por qué no volvía ? Si se presentara, él la obedeceria sin vacilar; sólo por volver à verla aceptaria todas las condiciones que le impusiera en otro tiempo. De repente, Santiago oyó un ligero ruido, abrióse la puerta, y entre los pliegues de la cortina que la ocultaban en parte, dibujóse una forma femenina: el artista se levantó con el corazón palpitante... ¡Era ella, acababa de reconocerla; era aquella à quien creía perdida para siempre, à quien llamaba en vano, cuando ni aun le sostenia la esperanza en su desfallecimiento! La señora de Guessaint avanzaba risueña, tranquila y feliz; el artista permanecia inmòvil, imaginandose que soñaba, que se volvia

loco; mientras que Faustina seguía contemplándole con sus hermosos ojos, animados por una expresión de infinita ternura.

—Me asegurò usted que me amaba — dijo la joven — y yo contesté que le correspondia; no queria ser su querida; y ahora vengo à preguntarle si me quiere por esposa.

Santiago dejó escapar un grito.

-¡Faustina!

Y cayendo de rodillas ante aquella noble mujer, cogió sus manos y cubriólas de besos y de lágrimas, riendo y llorando á la vez.

—¡Niño, que creía tan lejana la felicidad, cuando tan cerca la tiene!—murmuró Faustina.

Santiago la condujo hacia el canapé; sentóse la señora de Guessaint, y el artista, arrodillándose à sus pies de nuevo, contemplóla con un respeto profundo mezclado de amorosa admiración.

—¡Yo su esposo!—exclamó.—¡Esto es un sueño; es imposible que me esté reservada semejante felicidad!¡No separarme de usted nunca, vivir à su lado, oirla y verla siempre!¿Lo ha pensado usted bien?¿Es usted libre?¿Qué ha pasado? Dice usted que serà mi esposa; y yo me pregunto si seré digno de tal fayor.

Aquella explosión juvenil de felicidad era un encanto para Faustina, que refirió todo al joven: la marcha del señor de Guessaint, y su trágico fin, por el cual quedaba viuda. A medida que hablaba, el rostro de Santiago pareció anublarse, y en sus facciones pintóse una expresión de tristeza.

—¿ Qué tiene usted ?—preguntó Faustina, comprendiendo sin duda los pensamientos de su amigo.

—¿ No llevará usted á mal que se lo diga, censurando que me entregue á vulgares pensamientos en medio de la felicidad que me embarga? Si le dijese á usted que siento..... Dios mío, esto es muy cándido..... que siento que sea usted rica, que sea usted una mujer envidiada y adulada.....; quisiera unirme con usted, sólo por usted, por su belleza, que me seduce, por su inteligencia, que me admira, y por ese encanto seductor que la rodea.

Faustina escuchaba con profundo placer las palabras de Santiago, y era del todo feliz en aquel instante.

—¡ Si supiera usted cuánto he sufrido cuando se ausentó! Ya no podía trabajar; y ahora no me sería posible seguir siendo artista si usted no me amase. La necesito como se necesita el sol, porque la adoro con locura.

Santiago y Faustina, tranquilos y confiados, formaron proyectos para el porvenir, entregándose á sus
doradas esperanzas. ¿Qué les hacía falta para ser dichosos? Santiago no veía una nube en su cielo. Con
las manos cogidas, los dos jóvenes hablaban casi en
voz baja: Faustina deseaba saber lo que Santiago habia hecho desde su marcha, y el escultor confesó todo
con su leal franqueza; habló de su desesperación, de
su cólera y de sus celos; refirió cómo en un acceso de
rabia destruyó aquel busto radiante en que Faustina
revivía altiva y risueña; y no ocultó sus desórdenes,
ni los placeres que había buscado para aturdirse y olvidar.

—¡Ah, los hombres, los hombres! — murmuró la joven dejando escapar un suspiro.—¡Con que me ama usted, apasionadamente según dice, y pueden gustar-le otras mujeres!

—Ya ha pasado; perdoneme usted, pues el pasado, cualquiera que sea, siempre deja amargura en los labios. ¡Ah, querida Faustina, cuanta felicidad le debo!

Y otra vez volvieron à tratar de sus dorados sueños, hablando de su futura existencia y de su feliz porvenir. ¡Con qué orgullo llevaría Faustina el nombre de aquel artista célebre, y qué dichoso sería Santiago cuando tuviese por esposa à semejante mujer! Los dos departieron sobre su amor más bien como amantes que como prometidos, porque éranlo en efecto, y uníanse por lazos indisolubles. Seguros de la inmortal duración de su ternura, querían estrecharse uno contra otro para atravesar la vida. El día declinaba ya, y aún se comunicaban sus dulces confidencias.

—Es preciso que me retire—dijo Faustina de pronto.

-¡Ya!

—¿Cree usted que no me complacería quedarme? Venga usted à mi casa esta noche.

Santiago quiso estrecharla de nuevo entre sus brazos, pero Faustina se desprendió sonriendo.

—Es necesario—dijo—que yo tenga plena confianza en usted, Santiago; la novia no es una querida; no falte usted al respeto á la que será su esposa.

Faustina se alejó, dichosa al pensar que dejaba tras sí un hombre feliz. La alegría desbordaba del corazón de Santiago, porque jamás osó concebir, en medio de su sobreexcitación, tan inesperada suerte; ser esposo de Faustina pareciale la realización de una de esas esperanzas que no se pueden abrigar. Sólo le acosaba una inquietud: debia anunciar à Francisca su enlace con la señora de Guessaint. ¿Qué diria, dadas sus ideas violentas y su odio contra «las clases ricas», segun seguia llamandolas? No dudaba que cediese al fin; pero habría lucha, y esto le haría sufrir tratándose de una madre à quien adoraba, y que durante tantos años se mostró siempre animosa en el trabajo y llena de abnegación. ¿ A quién debía sus triunfos sino à la que à fuerza de celo y de laboriosidad le allanó el camino para alcanzarlos? No esperaba convencerla; la viuda consentiria para no desesperar à su hijo; pero su conciencia protestaria; y tal vez predominara el egoismo maternal. Santiago sabía muy bien que el sueño dorado de Francisca se reducía á no separarse nunca de su hijo, y reemplazar con su ternura vigilante la de cualquiera otra mujer. Tales eran los pensamientos de Santiago cuando se dirigia à la calle de Lambert: con la decisión propia de los caracteres francos, no queria esperar, sino confesarlo todo desde luego à su madre, puesto que no debía ignorarlo. Al divisar à su hijo, Francisca quedo estupefacta, pues ya no reconocia al joven sombrio y taciturno de los días anteriores; sus ojos parecían sonreir, y una intensa alegría iluminaba su rostro.

—Madre—dijo—amo y soy amado; te pido permiso para unirme con la que mi corazón ha elegido, y que me prefiere à mí entre todos.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE NUEVO CEONO
BIBLIOTECA UNIVERSIDAD
"ALFIBNISO REYES"

1000, 1625 MONTERREY, MEXICO

Antes de que Francisca pudiera contestar, Santiago refirió en pocas palabras, rápidamente, aquella novela de amor, fresca, lozana como un poema de Abril. Francisca, inmóvil y muda, escuchaba á su hijo, mirándole fijamente.

-¿ Con que quieres abandonarme ?-dijo al fin.

-Madre.....

—Me abandonas, puesto que te casas. ¿ Te parece à ti que tu esposa querrà vivir con tu madre ? ¡ Ah los hijos! ¡Sacrificaos por ellos, dadles todo, y después, he aqui la recompensa! No tengo más que à ti en el mundo; tu padre muriò tràgicamente y yace no sé dónde, como un animal abandonado. Yo pensaba que tú permanecerias conmigo; regocijábame de tu gloria, y mi egoismo consolaba mi dolor; pero te ha bastado encontrar una mujer que sólo conoces hace tres meses, para abandonar à tu madre, que te ha amado toda la vida.

Santiago se arrodilló á los pies de su madre, humilde como un niño.

—¿ Abandonarte?—repitió—no lo creas; aunque yo quisiera no podría hacerlo, pues entre nosotros dos hay algo más que esos lazos naturales que unen á la madre y al hijo; hay los padecimientos sufridos en común, las lágrimas vertidas, las esperanzas que juntos concebimos; y, por último, mi padre, arrebatado á nuestra ternura.

Y Santiago abrazó de nuevo á su madre, cual si quisiese probarle, en aquel momento en que dudaba hasta de él, que su ternura filial era tan sincera y respetuosa como antes. —Dices que mi esposa no querrá vivir contigo añadió — porque no conoces à Faustina. Te amará, puesto que me ama; y además, no hay motivo para estar separados. ¿ No os reunirá un afecto común?

La viuda callaba siempre: no quería confesar que, sin haber visto à la desconocida, la odiaba ya: no podía perdonar à la mujer que venía à trastornar su vida. A Santiago le inquietaba aquel silencio.

—¿Por qué no me contestas?—preguntó:—te hablo con bondad y sumisión, y no puedo haberte ofendido. Es imposible que juzgues mal à Faustina, pues no la conoces. Si es el matrimonio en sí lo que censuras, espera al menos algunos días; estudia à la que yo amo, y observa su carácter; no podrás menos de quedar seducida por su franqueza y su lealtad.

No le era posible à Francisca negarse, pues hubiera confesado así que por su egoismo robaba la felicidad de su hijo. Consintió en verla, por lo tanto, con la esperanza de que entonces le sería permitido hablar.

—La señora de Guessaint me espera esta noche—dijo Santiago.—¿Por qué no has de acompañarme? Presento mi prometida á mi madre; esto es muy natural.

—Está bien—repuso la viuda;—te acompañaré Faustina esperaba en su taller con Nelly.

—¿No sabe aún nada tu esposo de tus últimas resoluciones?—preguntaba á su amiga sonriendo.

—Nada; me he mostrado muy digna... ¡oh! muy digna... Al verme llegar, el pobre hombre se puso pálido. ¡Buen Félix! Hubiera querido abrazarle, pero fe-

lizmente me mantuve en una reserva amistosa de muy buen tono, y me limité à decirle: «Creo que hemos de hablar; voy à comer en casa de Faustina y volveré temprano; le prohibo à usted salir; espéreme aquí.»

-¿ Y què harás..... al volver temprano?—preguntó Faustina.

Nelly se ruborizó un poco, é inclinando la cabeza, contestó en voz baja:

-Descorreré el cerrojo...

Esta vez la señora de Guessaint no pudo reprimir una sonora carcajada.

—¡Qué hemos de hacer! puesto que los hombres son así—repuso Nelly—puesto que... puesto... en fin, ya me entiendo yo.

La señora de Percier mudó de conversación.

—¿ Con que vendrá el bello escultor ?¡ Dios mío, qué deseos tengo de veros al uno frente al otro! No tengas cuidado; no os molestaré mucho tiempo; al cuarto de hora ya estaré fuera.

Faustina se ruborizó á su vez, y entonces fué Nelly quien se rió, muy satisfecha de su inocente venganza.

Un momento después anunciaban à la señora de Guessaint la visita de Santiago Rosny y de su madre.

-¿Su madre?-murmuró Faustina admirada.-Es verdad; le habrá dicho todo y ha querido verme.

Faustina no podía reconocer à Francisca, pues habían transcurrido largos años desde el día en que recogió à la pobre mujer. ¡ Tantos acontecimientos terribles ó dolorosos habían turbado su existencia! Y por otra parte, aquella mujer de cabello gris, de rostro

pálido, prolongado y endurecido por las aflicciones, apenas se asemejaba al de la Francisca de otro tiempo, cuando estaba en el apogeo de su belleza. Muy por el contrario, la señora de Guessaint no había cambiado; era siempre la joven del castillo de Chavry, madurada tal vez por la existencia, pero siempre joven y radiante. Francisca no vaciló un momento; al entrar en el taller fijó su ardiente mirada en aquella rival, y desde el primer instante quedó impresionada: volvía á ver, al cabo de tantos años, á la que en otro tiempo le prestò auxilio; à la que fué con ella buena y generosa cuando la adversidad la desesperaba. No podía dudar: en el fondo de la habitación hallabase pendiente en la pared aquel cuadro que Faustina bosquejaba el mismo día en que el desgraciado Esteban llegaba à Chavry por última vez. Ese antiguo recuerdo ablando las durezas de Francisca, à quien parecia ver aun en la penumbra del pasado aquel gran salón, y aquellas dos hermosas jovenes, tan amables y obsequiosas. Sus celos maternos se desvanecian rapidamente al calor de su gratitud.

—¡Usted, es ustedl Sí, no me reconoce usted, porque ya no soy la misma. ¿No se acuerda usted ya de la pobre infeliz que hace diez años cayó sin conocimiento á la puerta de su castillo? Usted la recogió y la salvó. ¡Cuántas veces la he bendecido sin saber dónde se hallaba! ¡Y es usted aquella de quien mi hijo está enamorado! ¡Es usted quien le ama! ¡Qué felicidad! Santiago la encontró á usted para su dicha y la mía, pues hubiera podido enamorarse de una coqueta, de una mujer incapaz

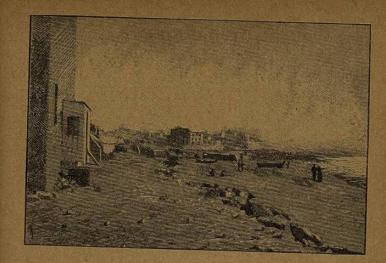
de comprenderle, ¡Yo que estaba celosa de usted! Los designios de Dios son inescrutables. Tendré la dicha de amar como hija á la que se unirá con mi hijo.

Santiago escuchaba estupefacto, sin comprender una palabra, y fué preciso que Faustina y su madre le explicasen todo lo que ignoraba. La viuda explicó à la señora de Guessaint el terror que le inspiraba el casamiento de su hijo, porque temía que aquella esposa le robase el corazón de Santiago; pero ya estaba tranquila sobre este punto.

La viuda no se cansaba de mirar à Faustina: sí, Santiago había elegido bien. ¡Qué sabia y clemente era la Providencia, que reunía así á los dos jóvenes en una comunidad de amor! La señora de Guessaint desvaneció à su vez hasta los últimos temores de la madre, y los tres acordaron no separarse ya nunca, vivir siempre juntos, juntos...

¡La palabra siempre es una gran palabra, que los labios humanos no deberían pronunciar jamás!





VIII

ABÍA un mes que el procurador de la República proseguía su información judicial, para averiguar cómo el señor de Guessaint había sido asesinado la víspera del día en que emprendió su marcha la misión científica. Todo el mundo lo ignoraba; un misterio extraño parecía rodear aquel trágico suceso, y las declaraciones del coronel Maubert y de sus compañeros no bastaron para aclararle. El coronel creía saber que cierta noche, á eso de las diez, el señor de Guessaint había entrado en casa de una mora, célebre por su belleza. Aquella joven, llamada Yelma, recibía con agrado à los viajeros cuando los